

Once pétalos de la flor de loto

Facundo Marino

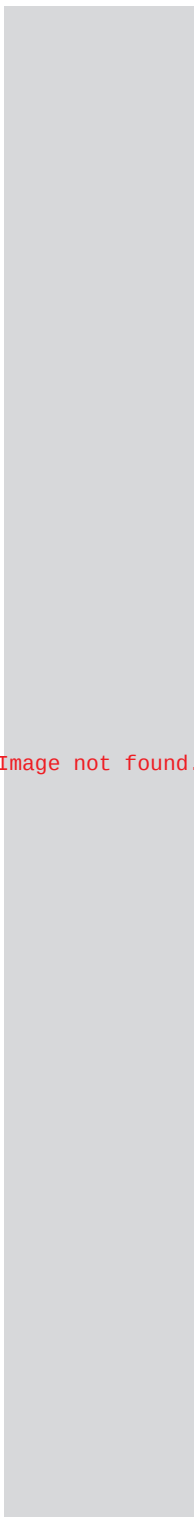


Image not found.

Capítulo 1

Once pétalos de la flor de loto

Un viejo mito dice que aquel que encuentre la flor de loto de once pétalos y se la regale a la mujer que ama, su amor será correspondido. Sin embargo, muchos hombres intrépidos y fuertes la han buscado por generaciones, pero ninguno ha podido dar con ella.

Claud es un joven que vive en un pequeño pueblo en las fueras de la capital, esos típicos pueblos donde no pasa nada, pero a la vez sucede todo en la boca de las madres y tías que habitan el lugar. Él junto a Rina sueñan con viajar por el mundo y alejarse de las murallas imaginarias que se producen alrededor del hermético pueblo.

Un día mientras caminaban bajo los rayos del sol de primavera habían decidido cruzar los límites del pueblo, aunque bien sabían que era peligroso por los animales salvajes que habitaban por ese lugar.

- ¿Qué te gusta más, el frio o el calor? – Rina miraba el cielo despreocupada, con sus dos manos entrelazadas en su espalda.

- Creo que el calor, pero cuando hace calor quiero estar fresco.

- Entonces te gusta el frio.

- Eso no es cierto – dijo Claud entre risas.

- A mi me gusta el frio, hace que las personas se vuelvan cálidas.

Golpeo su hombro contra el brazo de Claud y él se mostró divertido empujando a la joven con su mano, ambos comenzaron a correr bosque adentro, entre risas y juegos la mañana se convirtió en medio día y la tarde no tardó en llegar. Las espaldas reposaban en el colchón de pasto, mientras el cielo celeste mostraba nubes que formaban figuras que se asemejaban otras.

- Esa es un barco.
- No, se parece a un bicho, a una hormiga.
- ¿Desde cuándo tienen tu forma?

Rina se reía siempre por adelantado porque Claud nunca entendía sus indirectas o sus sarcasmos, o sus ofensas en modo de broma.

- ¡Hey! – dijo Claud luego de un rato – Ya no importa ya se ha difuminado.

- ¿A dónde crees que se haya ido?
- Lejos de aquí supongo.

Silencio.

- ¿Alguna vez me dejarías?
- No, no podrías volver a casa sola...
- No me refería a eso.
- ¿A qué te refieres?
- Eres lento, Claud.

El pulgar y el índice ejercieron presión entre sí, hasta que uno se soltó y golpeo la frente del chico quien no pudo evitar cerrar los ojos, cuando los abrió, Rina ya corría entre los arbustos en dirección al pueblo. Claud sonrió viendo a su amiga correr, se quiso levantar rápidamente pero su mano resbaló con el pasto húmedo, cuando su cara quedó al ras del piso, pudo verla allí, inminente entre todas las otras cosas, algo tan hermoso como jamás había visto, conto uno por uno los pétalos hasta llegar a once, una hermosa flor de loto.

Eventualmente cuando algo así sucede, es difícil guardar silencio, menos en un pueblo, donde las noticias vuelan con el viento. Los días avanzaron tan rápido que el mismo Claud no supo decir cuando comenzaba el día y terminaba la noche, todas las jóvenes del lugar lo habían visitado, incluso aquellas que alguna vez lo había rechazado; incluso algunas viudas o viejas solteronas se habían acercado hasta su casa para ver un poco más que la mítica flor. Cansado de tal comportamiento y el afiance de su convicción de días pasados, Claud decidió juntar sus cosas de valor y marcharse de su pueblo natal, lamentablemente su huida no iba a ser como la había planeado, mucha gente lo esperaba a la salida del pueblo

para convencerlo de no irse, pero su decisión era inminente.

- Voy en busca de la mujer merecedora de esta flor y por supuesto de mi amor eterno.

Su voz se alzo entre la multitud y muchos suspiros se le unieron, poco le importo al muchacho que ahora contaba el destino de viajar y conocer, incluso de enamorarse. Pero Rina se paró delante de él con los ojos vidriosos.

-Te vas...

- Si.

- ¿Y cómo volveré a casa?

Se miraron fijamente uno con la cara de incertidumbre, la otra se limitó a reír.

- Eres lento, Claud.

Ambos sonrieron, la marcha fue inevitable, entre vitoreo y suplicas el joven se fue perdiendo entre el camino.

El viaje fue largo, pero Claud visitó miles de pueblos, cientos de ciudades, con el estandarte de los once pétalos de la flor de loto, se convirtió en una celebridad deambulante, muchos pagaban por verlo en la taberna y en la calle, las mujeres morían por conocerlo e incluso insinuándosele, altas, bajas, regordetas, flacas, de piel oscura y clara, con los cabellos color fuego, paja o brea, de todas las clases sociales e incluso hasta de varias edades. Algunas las amaba poco tiempo a otras les dedicaba años enteros, se encomendaba al destino o a la elección humana, a las adivinanzas de un viejo sabio o al consejo de fornidos hombres del mar, pero ninguna era merecedora de la flor.

Tras varios años, la Princesa del reino dio con el joven deambulante, bella como la luna y carismática como una princesa debe de ser, culta y salvaje, la mujer perfecta para cualquier hombre, según muchas personas, la pareja ideal. Fue inevitable su encuentro y aún más su emparejamiento, tras cinco años se amaron como dos jóvenes libertinos, aun así, él no le había entregado la preciada flor, aunque ella había roto varias reglas del reinado.

Una noche, mientras miraba con su cuerpo desnudo por la ventana del hermoso palacio, se preguntó, si realmente el problema era la flor, la puso en su mano y la contemplo por largo rato, hasta que un recuerdo se le cruzo en su mente, una sonrisa, una pradera en primavera, la suave brisa que corría el mechón de los ojos marrones. Se vistió rápidamente, no

quería perder un segundo más, tomo sus cosas y se dirigió de incognito directo a su fuga, tomo un caballo y se perdió entre la noche estrellada.

Los días viajaron con él, las noches eran interminables, las imágenes un puñal en la distancia, sin importar que tan rápido espoliara el caballo sentía que no avanzaba y por primera vez en su vida sentía que lo que le faltaba era el amor. Al cruzar el cerro, diviso aquella pradera que había recordado, pero esta vez se encontraba con sus flores amarillas y con un otoño ya entrado en días. Llego al camino que lo dirigió a donde hacia tantas veces lo dirigía, las casas se preparaban para la nieve de invierno, en la chimenea de la posada se dejaba ver el humo que anunciaba el calor de un saldo común y allí en la entrada del pueblo, casi como si no se hubiese movido nunca, la joven tapada con una bufanda color verde respiraba tan enérgicamente que su boca desprendía vapor. Claud se acerco hacia ella dejando el caballo atrás, la tomó de la mano y la besó tan fuerte con sus labios que casi quedan pegados, sus ojos se cruzaron y se abrazaron como casi siempre que se miraban, ella se acercó a su oído y le susurro con tanta dulzura, que lo hizo estremecer.

- Eres lento, Claud.

El amor puede buscarse en cada rincón del mundo, hasta se puede poseer la flor que lo concede, lo único que no se puede tener, es el amor verdadero que se consigue al ver el alma en los ojos de ese ser amado.

Y la flor de loto con sus once pétalos yace en la mesa de luz de aquel lugar donde Claud decidió escapar y encontró aquel verdadero amor.